



CANTO OCTAVO.

ARGUMENTO. — Los ángeles y las almas de los patriarcas se reúnen en torno del Golgota. — Adán saluda á la tierra. — Satan y Adramelec, que volaban triunfantes siguiendo al Mesías, son arrojados de aquella region por Elohá. — Cargado con la cruz, acércase Jesus al Gólgota. — Sube la colina y tiembla la tierra. — Adora Adán al Salvador de la especie humana. — Llegan las estrellas al punto señalado para la consumacion del sacrificio. — Detiéndose los orbes en su carrera. — Jesus crucificado. — Corre su sangre y ora el Señor por el pueblo. — Coloca Uriel una estrella delante del sol, y densas tinieblas cubren la tierra. — Los ángeles custodios de las almas de los primeros cristianos las llevan al pie de la cruz. — Míralas el Mesías con amor; aumentanse sus padecimientos; el temblor de tierra se hace mas violento. — Subiendo Elohá á los cielos, encuentra á dos de los ángeles de la muerte que descienden á la tierra y dan siete vueltas en derredor de la cruz. — Angustias del Mesías que comprende ese mensaje profético. — Dolor de los ángeles y de las almas de los bienaventurados. — Viendo Eva á Maria al pie de la cruz participa de sus crueles dolores. — Jesus consuela á Eva con una mirada de misericordia.

Tú, sagrada Musa á quien yo invoco, oistes al mas santo de los cantores de Jehová, cuando al pié de la montaña de Sion cantó al Redentor abandonado por su padre en el instante supremo. Entonces aprendiste los himnos celestiales que trémula repite mi tímida voz : acaba de iniciarme en tus santos misterios, guíame en las tinieblas que rodean la cruz donde padece un Dios. ¡Quiero que los terrores de la eternidad penetren hasta la médula de mis huesos ; quiero ver al Salvador del mundo luchar contra la mas cruel de las agonías ; quiero fijar mis ojos en sus ojos moribundos, en sus lívidas mejillas ; quiero contar gota á gota la sangre de la Redencion, y contemplar la divina cabeza que abrumada bajo el peso de los pecados del mundo, se dobla, se inclina, y se envuelve en las nieblas de la muerte !

El divino Elohá pasa de la tierra á los cielos, y de los cielos á la tierra, con tanta rapidez, que apenas puede seguirle el pensamiento de los inmortales. Deteniendo su inquieto vuelo, estiende su mano izquierda en la cual lleva su celestial corona, y acerca con la derecha á sus labios la terrible trompeta. Despierta el metal sonoro á todos los ecos de lo infinito, la creacion entera escucha, y el serafin le arroja estas palabras.

« ¡ Ostentad, cielos y tierra, vuestras pompas las mas solemnes ! ¡ Elévase, oh Sabbath de la nueva

alianza, tu santa llama de soles en soles hasta el trono del Juez supremo ! ¡ Sonó la hora : ostentad cielos y tierra vuestras pompas las mas solemnes : el angel esterminador despliega sus sombrías alas y la víctima camina al suplicio ! »

Calló Elohá, y los ángeles custodios de la tierra vinieron á agruparse en torno suyo. Mas el primero de los seráfines atravesando su brillante cohorte descende al Gólgota, humilla tres veces su frente en el polvo, se levanta y tiende los brazos al Mesías á quien divisa de lejos seguido por todo el pueblo de Judea. Cargado va el Hijo del Hombre con su cruz, cuyo enorme peso no es sin embargo tan pesado para él como el de los pecados del mundo que voluntariamente tomó sobre sí. Lleno de admiracion, esclama Elohá : « ¡ Oígame cuanto me rodea ! Gólgota, monte sagrado ; en nombre del Dios que va á reconciliarse con la humanidad, en nombre del Dios reconciliador, en nombre del Dios que hace penetrar en el alma de los pecadores la luz celestial, te consagro á la sangre de la redencion ! Santo, tres veces santo, el que era, es, y será siempre ! »

De esta manera consagra el mayor de los seráfines aquel lugar del suplicio ; mas, profundamente afligido con la obligacion que le queda que llenar, se rodea de una sombría nube y envia al encuentro del Mesías esta humilde oracion :

« Amigo de los hombres, Creador y Salvador de la especie humana, Hijo del Eterno, Ser inconmensurable como tu Padre, tú que vas á sobrepujar todo cuanto de mas grande y de mas prodigioso se ha hecho en los cielos, tú que vas á resucitar en la tierra la inocencia primitiva, desterrando de ella á la muerte eterna; escucha la voz de un serafin postrado en el polvo que vas á humedecer con tu sangre. Cuando tus ojos se cierran á la luz, cuando tu último suspiro vele los cielos, cuando Jehová solo se atreva á fijar sus miradas de juez en tu livida faz, ¡oh! entonces si no quieres que para mí desaparezca la creacion, si no quieres que una tumba de este mundo me sirva de eterno lecho, dignate decirme desde el fondo de la noche en que va á perderse tu vida de hombre, que con tu muerte rescatas al linage entero de Adan. Si no quieres que para mí desaparezca la creacion, si no quieres que una tumba de este mundo me sirva de eterno lecho, dignate decirme desde el fondo de la noche en que va á perderse tu vida de hombre, que volverás á reinar en los cielos cuando hayas pronunciado estas sublimes palabras: ¡Consumado está!... ¡Salud, salud, sangre de la redencion! salud, almas rescatadas! Ya se acercan, ya llegan, ya oigo sus gritos de alegría, ya veo brillar sus vestiduras de antemano purificadas por la sangre que va á correr.»

Dice, disipa la nube en que se habia envuelto y manda á los ángeles custodios de la tierra, que se reunan en torno del Gólgota. Obedecen estos inmediatamente adhiriéndose unos al borde de las nubes que flotan en la atmósfera, volando los otros sobre los bosques que cubren la montaña, y posándose el resto sobre las ondeantes copas de los cedros.

Elohá se coloca en lo alto del templo, dominando con la vista y el pensamiento á los innumerables agentes de los decretos de la Providencia, ministros de justicia y de muerte, custodios de los mortales y ángeles tutelares de los futuros cristianos y de los mártires.

Despues de atravesar las regiones mas elevadas llega Gabriel enviado al sol por el Mesías al pináculo del templo solar donde dejó reunidas á las almas de los patriarcas:

« Padres de los hombres seguidme. ¡Ya el Redentor del mundo lleva su cruz al lugar del suplicio! Volved vuestras miradas hácia la Judea. ¡Sobre la cima arida y pelada de aquella colina va á morir! Mirad mas lejos aquel monte que eleva hasta las nubes su doble y verde cabeza: allí es donde la justicia eterna se desplomó sobre él; colocaos sobre ese monte, y desde su elevacion vereis correr la sagrada sangre que ha de rescatar á las generaciones pasadas y á las que al angel de la vida no

ha arrojado aun sobre la tierra donde han de madurarse para la eternidad! »

Lleno de angustias y de dolor, emprende Gabriel su vuelo hácia la tierra, siguiéndole las almas de los patriarcas, rápidas como el pensamiento de un mortal virtuoso, cuando de estrellas en estrellas se eleva hasta el Eterno.

Frisa el ala del serafin con la cima del monte de los Olivos; bajan á ellos los Padres de los hombres suavemente; y Adan, que llega el primero, besa la tierra con respeto y la saluda con este canto de amor y de gratitud:

« ¡Oh amada tierra, desde la triste tarde de otoño¹ en que recibistes en tu seno mis helados restos hanse acumulado siglos sobre siglos, y mezclado sus cenizas generaciones y generaciones: y mientras tanto yo siempre he dormido. ¡Con qué felicidad os vuelvo á ver floridos prados que cubris los huesos de mis innumerables hijos: porque ahora sé que resucitarán todos! ¡Mis lágrimas de alegría te bendicen, hora santa, que vas á libertar á mi tierra

¹ Alude Klopstock á una de sus tragedias titulada *la Muerte de Adan*, que hasta ahora no se ha traducido, y en la cual pinta el autor con su religioso ingenio la prolongada agonía del primer hombre, cuya muerte hace que suceda al terminarse una tarde de otoño. Hay cierta analogía entre el estado de la naturaleza tal como el poeta la pinta en su tragedia, y la dolorosa sorpresa de la familia de Adan contemplando por primera vez el espectáculo de la gradual estincion de un ser creado para la inmortalidad. — T. F

natal del anatema que por mi causa cayó sobre ella; te bendigo á ti que santificarás su polvo envilecido empapándole en la sangre de la redención!... ¡Estrémeceos cielos y mundos, ya viene, ya viene el divino Hijo de la tierra; el Hijo del Eterno camina á la muerte! »

Así canta el primer hombre nadando su corazon en un piélago de dolorosa alegría.

Desde la cima del templo de Jerusalem descubre el divino Elohá á Satan y á Adramelec que triunfantes vuelan por encima de la cruz con que Jesus va cargado. Con atrevido vuelo sobrepónese el serafin á la terrestre atmósfera y mide las órbitas en que giran las estrellas. Rodéale el resplandor del mas solemne de los dias, santos terrores le siguen y preceden, y en torno de él la tímida y ligera brisa toma la rugiente voz de la tempestad. Al rumor de sus pasos se estremece el espacio como una montaña cuando la atraviesan innumerables guerreros con sus carros de bronce y pesadas armaduras. Viéndole y oyéndole los dos príncipes de las tinieblas se detienen inmóviles y sombríos, cual dos negras rocas arrojadas al fondo de los abismos por la mano del Dios vengador. Mas brillante que el sol, mas veloz que el relámpago, Elohá se detiene en presencia de aquellos, y les habla en el tono breve y enérgico que conviene al supremo mando:

« ¡Reprobos cuyos nombres solo en el infierno se pronuncian, abandonad las regiones de la luz que vuestra presencia importuna! ¡Huid y huid siempre hasta que hayais cesado de ver los reflejos de los celestiales límites; no os confundais con las nubes de la tierra, no os arrastreis en su polvo, huid, maldecidos reprobos! »

Dice, y los dos ángeles rebeldes alzan las frentes: en las arrugas que las surcan ondeando como las olas del mar, y en las llamas que arrojan sus ojos, cual si fuesen cráteres de volcanes, se pintan cuanto de mas horrible tienen la rabia y la venganza. Tales descienden de las cimas de los Alpes dos preñadas nubes, y, antes que la tempestad mas poderosa que ellos las disipe, procuran arrojar sobre los pacíficos valles la destructora plaga que en sus senos encierran.

En pie, delante de Elohá, prepáranse Satan y Adramelec á responderle; mas el serafin lanzando sobre ellos una mirada fulminante les dice:

« ¡Silencio, y no me reduzcais á usar de los rayos de Jehová, de aquellos mismos rayos omnipotentes con que armó el Señor mi brazo en otro tiempo para que os precipitase en el abismo!... En nombre del Hijo de Adan que ahora lleva su cruz hácia el altar del sacrificio, en nombre del vencedor de los infiernos, huid, malditos! »

Y los dos príncipes del abismo mas negros que

su tenebroso imperio huyen el reino de la luz, y perseguidos por los millares de agujones del terror y del espanto van á caer en medio de las ruinas de Gomorra¹, en el seno del mar Muerto. Los ángeles ven su fuga, las almas de los patriarcas la ven tambien, y el divino Elohá triunfante y tranquilo descende otra vez al pináculo del templo de Jerusalem.

Jesus acaba de llegar al pie del Gólgota, y el peso sobrehumano que el Juez eterno ha impuesto sobre su cabeza apura sus fuerzas; detiéndose y cae. Mas en aquel momento pasa al pie de la temida colina con temerosa planta un caminante á quien la multitud detiene y obliga á que reparta con el Hijo del Hombre el peso de su cruz.

Los padecimientos de Jesus han hecho renacer la compasion en mas de un pecho; pero aquellos corazones débiles y embriagados con los placeres de la tierra no conocen otra piedad que la que es de instinto en los humanos: la que sale del alma, é inspira los actos de abnegacion y de sublime denuedo, les es enteramente desconocida. Oyén-

¹ El mar Muerto fué en otro tiempo un valle llamado de las Selvas. El Génesis habla con frecuencia de su fertilidad y de sus pozos de betun. En él estaban las ciudades de Sódoma y Gomorra, y despues que sobre ellas cayó el fuego del cielo convirtiósese en un lago conocido con los nombres de mar Muerto, mar de Lot, mar Asfáltica.

do Jesus los ahogados suspiros que aquí y allá se escuchan entre la multitud, se vuelve hácia el pueblo y dice :

« ¿Porqué llorais mi muerte, hijos de Jerusalem? Llorad por vosotros y por vuestros hijos, porque cercanos estan los días de angustias y de terror; los terribles días en que bendecireis á las mugeres que nunca concibieron, en que direis á las montañas : ¡Caed sobre nosotros ! en que direis á la tierra : ¡Abrete á nuestros pies!... Ved lo que á mí me sucede y juzgad de lo que sucederá á los pecadores. »

Calla, levanta los ojos al cielo y sube lentamente la colina.

Levántase la cruz sobre humanos esqueletos. Derrama el día sobre la Judea su claridad pura y celestial, y los millones de átomos, cuya infinita pequenez da testimonio del poder del Creador, giran gozosamente, arremolinándose en el laberinto de los aires. Mas ya se conmueven las misteriosas profundidades de la tierra, rompe el huracan las cadenas que le aprisionan á las nubes, y bramando pasa sobre los precipicios y las quebradas de las rocas.

De pie está el Hombre-Dios junto á la cruz : viéndole Adan le tiende los brazos, y se arroja hácia él ; su flotante cabellera frisa con las nubes, su rostro brilla con el resplandor del sol, mas sus ro-

dillas se doblan ; póstrase, y en sus ojos siempre clavados en el Salvador, se reflejan los cielos. Ya no es Adan un simple mortal, y sin embargo llora ; las mas dulces y dolorosas sensaciones le conmueven simultáneamente, y para desahogarlas entona un himno solemne que los ángeles escuchan rodeándole :

« No hay en la lengua de los seráfines nombre que sea digno de tí ; no tienen los inmortales ni lágrimas ni oraciones bastante nobles para celebrar tu amor y tu gloria. Yo te llamo hijo mio, porque tú te has hecho hijo de la tierra. Jesus, hijo adorado mio, ¿quien me dará fuerzas para soportar el dolor que me anonada? Vosotros que fuisteis antes que yo, y á quien sin embargo ¡creó él como á mí, arcángeles y seráfines, contempladle, es hijo mio. Yo te bendigo, bienaventurada tierra, santo polvo de que salí, yo te bendigo, porque tambien él tiene cuerpo de tierra y de polvo!... ¡Felicidad completa! ¡ó tú que colmarías los deseos de un inmortal : á Jehová te debo, porque al crearme me hizo padre de su hijo ! ¡Detente, ó alma mia! ¿qué son mi porvenir sin fin y el porvenir de la creacion, comparados con los instantes que en este dia viven los cielos y los mundos? Cada uno de ellos lleva en sus alas de oro á lo infinito eternidades de reposo y de felicidad, eternidades destinadas á Adan y á todos sus hijos. Instan-

tes sublimes, ya os habeis desvanecido y otros mas imponentes os suceden; ya se aproxima, ya llega el mayor de todos... ¡Orbes celestiales, prestadme vuestras poderosas voces, quiero decir á cuanto existe que la víctima acaba de detenerse bajo la sombra de las terribles alas del mas terrible de los ángeles!... ¡Levántate del polvo, linage humano, alza tu cabeza, embellécete con divinas lágrimas, que ya camina á la tumba, que le espera abierta, el Santo de los Santos! ¡O hijos míos, mis amados hijos! ¡vosotros sois sus elegidos, vosotros sois á quien redime, rodead á vuestro divino Salvador! Depongan su corona los que habitan dorados palacios y vengan; olviden sus penas los que gimen bajo pajizos techos y vengan tambien. ¡Ay de mí! No oyen mi voz los que viven sobre la tierra; no la oyen los muertos que duermen en la tumba; mas á tí que por ellos te inmolas, te oirán cuando al fin de los tiempos los reunas á todos... ¡Inmenso es el dolor que destroza mi alma! Ya se aproxima el Redentor á la muerte, ya se aproxima. ¿Me sostendrás á mí que soy el primero de los pecadores, á mí que el primero padecí bajo la ley de destruccion, me sostendrás ¡ó tú Jehová que abandonas á tu hijo en el momento supremo?... »

Así canta Adán, y el Hombre-Dios que continua al pie de la cruz se lleva la mano á la frente, se inclina profundamente, y habla á su padre conver-

tido para él en juez inexorable. A la respuesta del Eterno se estremecen los cielos.

Los verdugos se apoderan del Mesías.

Los millares de millares de orbes que vagan en la infinidad del espacio, entran en las órbitas que deben recorrer para anunciar la muerte del Eterno. Detiéndose, truenan sus polos, vuelven á tronar, y guardan silencio; permanece inmóvil y muda la creacion entera, y su sombra señala en el cuadrante de los cielos la hora del sacrificio. La tierra se estremece, cruje y se encorva su eje; va á precipitarse en el vacío; detiéndela Jehová, fijanse sus ojos en el Gólgota, y ve á su hijo clavado en la cruz.

¡O alma inmortal! tú que un dia verás las llagas del Mesías, póstrate al pie de esa cruz, envuelta en fúnebres gasas, y espera á que tu desmayada voz halle fuerzas para contar el misterio de los cielos.

Los ángeles y los patriarcas guardan melancólico silencio. ¿Hirió el aliento del ángel exterminador al universo? ¿Duermen los orbes en el seno de la destruccion? ¿No volverá á salir nunca ningun otro ser de este polvoroso seno?

Los ángeles y los serafines contemplan á la vida inmortal luchando contra la mas dolorosa de las agonías; ven correr la sangre del Hijo del Hombre y exhalan su dolor en llanto y en cánticos que los